



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

LA OBRA DE EUGENIO NOEL

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1912.

No hace aún muchos días que se ha celebrado el primer aniversario de la muerte de Joaquín Costa. No han faltado discursos, ni en ellos las declamaciones de rigor en tales casos. Ni tampoco la queja de que no se lee y estudia lo bastante. Mas, a mi juicio, casi todo lo que sobre Costa se dice viene algo desviado del camino que debería llevar por el empeño de ver en él ante todo y sobre todo al pensador cuando no al sabio o tal vez al erudito. Y aunque Costa sabía sin duda muchas cosas y algunas de ellas muy bien, no puede en rigor decirse que fuera un sabio, lo que nuestros vecinos los franceses llaman un «savant», y mucho menos un erudito. Sus trabajos de investigación están hechos más que a la europea a la española. Faltábale, gracias a Dios, impersonalidad. Sus trabajos todos, incluso los de investigación histórica, eran trabajos de batalla. Fué un sentidor, un hombre de pasión arrebatada, un hombre a quien la patria le dolía. Tal su grandeza.

Y el pobre Costa se encontró en un ambiente arrojado, donde hasta el fuego de la pasión acaba por faltarse. Porque no son ideas lo que nos falta; lo que nos falta son pasiones. Aquí se sabe mucho más de lo que algunos pedantes que pretenden aleccionarnos se figuran, y aquí se progresa. Pero se sabe sin pasión y sin pasión también se progresa. El corazón de Costa, aquel volcán de anhelos, cayó bajo una gran nevada. Y las gentes siguieron divirtiéndose como el día mismo de la pérdida de Santiago de Cuba acudía la muchedumbre a la plaza de toros de Madrid, vergüenza que encendía en cólera al profeta.

De la suerte de aquel hombre me acuer-

do al ver luchar contra el cielo de la indiferencia pública a este otro joven profesor y encendido místico que se llama Eugenio Noel, empeñado en interesar a sus correligionarios los republicanos españoles, en una campaña que a éstos parece tenerlos sin cuidado, en una campaña contra la torería y la flamenquería.

Este Noel, que creo saber llegó a estar algún tiempo, de muy mozo, en un convento, es un noble visionario y un desenfrenado amante de la verdad desnuda. Tuvo que ir como soldado a Melilla y escribió desde allí a un diario radical una serie de correspondencias que le valieron ser llevado a la cárcel por el fuero militar. Hoy mismo tiene sobre sí unos cuantos procesos por ese llamado delito de imprenta, que a menudo se reduce a decir lo que no puede decirse, esto es: la verdad.

Y este ardoroso Noel, convencido—como también yo lo estoy—de que uno de los mayores males de España,—él cree que el mayor—es la afición a los toros y a la flamenquería, con toda su secuela de superfi-

cialidad y ramplonería, ha emprendido, en medio de la indiferencia, cuando no de la compasiva burla pública, una campaña contra ella. Primero en la prensa, donde ya le he ayudado algo—aunque poco,—y después dando conferencias.

Empezó por mi tierra nativa, por Bilbao, donde se ha desarrollado una morbosa afición a los toros, que ni tienen ni han podido tener tradición en aquella tierra donde nunca se criaron toros de lidia. Porque hoy es Bilbao, en efecto, uno de los focos de la torería en España. De él han salido ya varios toreros de cartel y hasta anda por ahí uno de Busturria, un pueblito rural cercano a Guernica, uno que de piloto pasó a torero y que torea en Bizkaitarra puro. Ciertos es que éstos, los bizkaitarras, aparecen condenando la tauromaquia en sus documentos públicos de partido, pero no es menor cierto que es entre ellos donde hay que ir a buscar los más exaltados taurófilos. Como que en rigor es una misma la especie de mentalidad que produce la xenofobia bizkaitarresa y la taurofilia. Y hasta no falta hoy en Bilbao quien, fatigado de las luchas políticas y religiosas que tienen allí divididos los espíritus, pregona que es en la afición a los toros, campo neutral, donde hay que unirlos y asociarlos. Y de hecho se ha creado un club con el título de uno de los toreros vizcaínos y en ese club alternan todos. Pero es porque en rigor el taurófilismo es va una especie de partido político y hasta de religión.

Noel, que es duro de palabra y no rehuya crudeza alguna, se ha encontrado con los intereses creados de los que viven de la tauromaquia frente a sí, con la sorda irritación de una parte de los aficionados, que ven puesta en la picota la calaña de su mentalidad, pero se ha visto sobre todo rodeado de la frialdad pública. Porque el pueblo no ve todo el mal de esa maldita afición.

Y no es lo peor de ella, lo ha dicho varias veces, el que sea afición a un espectáculo bárbaro, ¡no! Con la barbarie del espectáculo podría acaso llegar a transigirse; lo peor es el tiempo y la atención que se malgastan en hablar de toros. ¡Que vayan al espectáculo si así matan sus penas y se divierten, enhorabuena! pero, por los clavos de Cristo, que no se pasen las horas y los días y los meses y los años hablando de él y comentando sus lances. Lo triste, lo descorazonador es entrar en un café o en un casino y ver a una y otra tertulia comentando las suertes de la última corrida de toros. Y aun algo peor que esto, y es comentando la vida privada de uno cualquiera de los matadores de moda. A todo español que tenga algo del alma de Costa, del alma de Noel, se le tiene que caer la cara de vergüenza al ver en los diarios columnas y más columnas dando noticias y comentarios del divorcio de un matador de toros y una cantadora de café concierto. Los retratos de diestros lo llaman todo.

Que un aficionado a los toros vaya a ver lidiar y matar a su diestro favorito puede pasar; mas lo que no puede pasar es que vaya a oírle como quien oye un oráculo las gansadas que pueda decir. Humildad hace falta para que un ciudadano se deje retratar en compañía de uno de esos diestros.





3-99

tros y al pie esta leyenda: El «Cazoletas» rodeado de algunos de sus admiradores.

Hace poco ha muerto un semanario que se llamaba «El Cuento Semanal» y donde colaboraban muchos de nuestros más renombrados escritores. Pues bien, los dos números que más se vendieron fueron el de un cura y el de un torero. Porque en uno de sus números apareció con la firma de uno de los afamados matadores de toros un relato que le escribiría cualquiera de sus admiradores. Por otra parte la «Biblioteca Renacimiento», que tanto bien está haciendo a las letras españolas, ha publicado un volumen sobre el arte del torero que aparece como escrito por uno de nuestros más renombrados matadores de cartel y ese ha sido una de las obras que más se han vendido. Aquí, en esta ciudad universitaria en que escribo, en esta Salamanca, a la que algunos llaman la Atenas española, el éxito de librería de ese libro del torero ha sido el mayor que se ha conocido, después del de «Quo Vadis?», habiéndose vendido de él cuádruple número de ejemplares que se haya vendido de cualquiera de las obras de Pérez Galdós. Sólo nos ha faltado pedir el premio Nobel para cualquiera de nuestros primeros espadas.

No es lo doloroso, no, la barbarie del espectáculo de sangre; no es lo triste ver a un pueblo frenético pidiendo más caballos o presenciando el que se suque de la plaza a un hombre moribundo mientras la corrida prosigue; lo doloroso y lo triste es el histrionismo que a esto acompaña. Lo desconsolador es el culto que se rinde a esos artistas (!!!) del torero.

Y la afición al torero se da la mano con la flamencoquería, con la chulería y aun con otras cosas peores. Es entre la gente de la «afición»—la afición, así, sin aditamento, quiere aquí decir a los toros—donde más se lee los semanarios pornográficos y me aseguran que apenas hay casa de lenocinio en que no se encuentre libros y semanarios de torero.

Un amigo mío que ha corrido por las más recónditas de esas tierras sudamericanas, me dijo que en la iglesia de un pueblecillo de indios, allá por donde se tocan La Argentina, Bolivia y el Paraguay, encontró en un altar un número de «La Lidia» con el retrato de toda plana del diestro, hoy retirado, Mazzantini, vestido de traje de luces. Y este culto de aquellos pobres indios, que debieron de tomar a Mazzantini por algún extraño santo si es que no, por un dios, me parece mucho más respetable que el culto de los aficionados a su ídolo tauromáquico.

Y no haya cuidado de que alguno de esos ministros del Evangelio que truchan desde el púlpito contra el teatro como espectáculo corruptor—ya que se puede poner herejías en boca de un personaje dramático—predique contra la «afición», ¡no! Parece ser que de todas partes para recreo de la vida el arte de la tauromaquia es la más ortodoxa. Los más exaltados tauromáquicos se encuentran entre los católicos militantes. Y a mí no me cabe duda de que nada hay más sutilmente reaccionario que mantener la afición. Mientras la gente discute la última estocada del «Pavite»

o si fuese con la cupletista Carmen o Conchita, no habla de otras cosas, y es muy conveniente hacer que el público tenga hipotecadas su atención y su inteligencia en variedades de esas. «Paucum et circenses», era una de las máximas de la política de los emperadores romanos, máxima que hemos traducido: ¡pan y toros!

Esto sin contar el otro y acaso el más pavoroso aspecto del problema, cual es el del desastre que para la ganadería, la agricultura y la economía nacional representa la afición, aspecto que no ha escapado a Noel Donde se cria un toro de lidia se podrían criar tres, cuatro o más reses de carne y leche, y no hace muchos días que un ganadero de reses bravas me decía que la extensión que va tomando la cría de toros de lidia va a acabar con la de ganado lanar.

De en torno a esas dehesas, donde el toro que ha de lidiarse un día crea su feroz emigran los pobres labriegos a quienes el toro les quita el pan. Podrá ello ser ventajoso para los ganaderos, al parecer y por de pronto—porque en realidad y a la larga dudo mucho que lo sea—pero para la economía nacional y para el fomento de nuestra ganadería es un desastre.

Y luego ese espectáculo bochornoso durante los veranos de esos muchachos que recorren aldeas y lugares, para sacarse unos cuartos en las capeas y piden limosna por los caminos y procuran ocultarse en los trenes y sueñan con la gloria del torero y con hacer en poco tiempo una fortuna con peligro de la vida, sí, pero con poco trabajo. ¡Una vergüenza todo ello!

Mas lo peor acaso, una vez más, lo repetido es la deterioración mental. Hay que leer en la correspondencia taurina de cualquier diario que la tenga, las cosas que los aficionados preguntan al redactor taurino. Es para desesperar del porvenir intelectual del pueblo.

Sólo el partido socialista, con una gran providencia de los intereses morales de

11



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USALES



3-99

la clase obrera, ha hecho en España campañas contra las corridas de toros; apenas si las combaten más que los periódicos socialistas. Y Eugenio Noel, ha querido arrastrar a una campaña así al partido republicano, a este partido que en España se dedica a inventar males ficticios y a exagerar y falsear, abultándolos, los reales, a calumniar a la patria y a pregonar a todos los vientos una tiranía que no existe. Pero se trata de un mal positivo, de un mal para combatir el cual hay que enfrentarse con una buena parte del pueblo y denunciar sus instintos y sacudir su pereza mental, y es claro, Noel queda como un visionario, un exaltado, un hombre nada práctico. ¡Al demonio se le ocurre andar predicando contra torería y famenquismo en vez de preparar la revolución!

Y en cuanto a la prensa... La prensa explota la afición y vive en gran parte de ella, como explota la morbosa avidez del público por los relatos de crímenes. La prensa es un negocio y no una institución educadora.

Conozco a uno de los más reputados y autorizados críticos taurinos que en el fondo odia tanto o más que yo el espectáculo, y sobre todo, desprecia al público que asiste a él y lee sus revistas. Intentó otros géneros y fracasó en ellos, hasta que desesperado se dijo: «voy a hacerme crítico de toros», y fué a una corrida y publicó una revista que gustó, porque el público no se dió cuenta de la hiel que encerraba, y ha hecho famoso su seudónimo y recibe cartas de aficionados y el diario en que trabaja le ha triplicado el sueldo, porque le considera uno de sus más insubstituíbles redactores. ¡Y hay que oírle hablar en la intimidad!

Noel piensa proseguir su campaña. En las cartas que me escribe parece un visionario medioeval, un profeta. No sé si sucumbirá bajo la nevada. Pero en tanto levanta el ánimo ver a un hombre de pasión, ver a un hombre que convencido de que es un mal gravísimo lo que otros estiman un honesto esparecimiento, se apresta a combatirlo con toda su alma; reconforta al corazón ver que aun no se ha desvanecido el alma de Don Quijote. Se le dejará solo como en otro campo se le dejó a Costa solo, y seguirá la gente creyendo que se divierte. Pero...

Si algo queda siempre. No en vano pasan por la tierra aquellos a quienes se llama locos en el sentido en que ahí, en esa república, se le llamó loco a Sarmiento, que tantos puntos de semejanza tiene con nuestro Costa. No en vano pasa sobre la cabezas de los hombres, una voz henchida de pasión, una voz que les advierte del peligro de dejarse adormecer en el goce de diversiones. No en vano hay quien predique contra eso de bailar al borde del abismo, contra el histrionismo de toda clase, contra el «cabotinismo», contra el lugar que en nuestras preocupaciones se da a toreros, boxadores, volatineros, cómicos y danzantes, a cupletistas y a oradores de moda. No en vano hay quien de vez en cuando nos llama a la seriedad de la vida.

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES